



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Ante la teoría, la práctica y la experiencia

Tomás Grilli

Letras, (9), e209, artículos, 2020

ISSN 2524-938X | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/letras>

FPyCS | Universidad Nacional de La Plata

La Plata | Buenos Aires | Argentina

Ante la teoría, la práctica y la experiencia

Por **Tomás Grilli**

tomy95grilli@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0002-1219-993X>

Centro de Investigación en Lectura y Escritura (CILE)

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata - Argentina

Resumen

Hoy las palabras de comunicación y educación vuelven a aparecer en la agenda. Los desafíos de cada uno de esos conceptos se vuelven a retomar, emergen y se instalan en la agenda como resultado de la necesidad de continuar con los recorridos de formación en todos sus niveles. Y con ello vuelven a aparecer análisis, discusiones, reflexiones sobre la comunicación y sobre la educación. Y si bien, hace muchos años que formo parte de un equipo docente, dentro de la cátedra de Escritura y Lectura I, una materia de primer año en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, estar a cargo de una comisión lo cambia todo. Sumamos que la primera experiencia es en el contexto de emergencia sanitaria por el covid-19.

Palabras clave

educación, tecnología, comunicación, docencia

Caminar entre los bancos, pararse, sentarse, escribir algo en el pizarrón, buscar preguntas en las miradas de los estudiantes, mover las manos mientras hablo, hacer un chiste ante un comentario inmediatamente. Pisarnos por querer hablar todos juntos y, aun así, entendernos. Cambiar el curso de la clase durante la clase, notar que te prestan o no te prestan atención. Saber si algo les llamó la atención por la inclinación de sus cabezas y la posición de sus cuerpos. Escuchar que hablan entre ellos, que debaten, que discuten, que critican, que se indignen, que se desahoguen. Conocerlos y que me conozcan. Sinceramente, creí que me iba a perder todo eso.

Era la primera vez que iba a estar a cargo de una comisión de la materia en la que me desarrollé como ayudante de cátedra durante mucho tiempo. Ya recibido, con el título de Profesor en Comunicación Social de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, quería dar clase. Estaba ansioso y con todas las expectativas.

El 19 de marzo, el día de mi cumpleaños, anuncian y decretan la cuarentena obligatoria, y si bien es privilegio de clase, me preocupó que no iba a poder dar clases como estaba esperando.

Aún con veinticinco años recién cumplidos, fui bastante conservador. Estaba un poco frustrado. Sentí que no iba a poder hacer nada de lo que yo disfrutaba hacer en las clases.

Ante la emergencia sanitaria por el covid-19, la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata anuncia que las clases continuarían de forma virtual. En la cátedra del Taller de Escritura y Lectura 1, la materia de la que formo parte y de la que daría clase, organiza que tendríamos los encuentros semanales, en los horarios que nos correspondía a cada uno de los docentes de forma virtual, y utilizaríamos la aplicación de *Facebook* para crear un grupo con todos los estudiantes, los ayudantes y el docente a cargo.

Se diseñan las clases y la metodología de trabajo que implementaríamos. Acordamos que se trabajaría sobre un texto producido por la cátedra para cada clase al que sumaría cada docente, según se sienta más cómodo un audio, o video abordando aquello que crean necesario destacar, retomar, explicar. El material se subiría en el horario de la clase y se detallarían las consignas con los tiempos de entrega de esos ejercicios. En mi interior, seguía renegando por no poder dar las clases en forma presencial.

La primera tarea y responsabilidad que tuvimos fue la de contactar a cada uno de nuestros estudiantes para explicarles la metodología de trabajo y sumarlos al grupo de *Facebook*. Este es uno de los elementos principales que emergieron. La cuestión material para llevar adelante este proceso formativo.

Les pido que repensemos antes lo que significa que en la Argentina la educación sea gratuita. Para cursar de forma online lo primero que necesitamos es lo material, lo concreto, una compu, un celular, una *tablet*, un *e-mail*, internet, datos, la plata para pagar internet o datos.

La cuestión de clase vuelve a aparecer como siempre, esta vez imposible de ignorar. ¿Qué pasa con el estudiante que no cuenta con alguno de esos elementos? ¿Queda afuera del sistema? ¿Cómo se resuelve?

En ese sentido aparecen las políticas socioeducativas de cada una de las instituciones y sobre todo las del estado. Pienso en el programa Conectar Igualdad, donde el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner pretendía equipar a los estudiantes con una *netbook* que les permitiera, entre otras cosas, estudiar, conectarse, vincularse con un montón de herramientas.

Muchas plataformas, sobre todo las vinculadas a instituciones educativas se abrieron de forma que no consuman datos el ingreso a ellas.

El 21 de agosto el Presidente Alberto Fernández declaró que «la educación, el acceso al conocimiento, a la cultura y a la comunicación son derechos básicos que debemos preservar. Por eso hemos ordenado que de aquí en adelante haya

planes inclusivos de prestación básica, universal y obligatoria para quienes menos tienen» y congeló las tarifas de telefonía móvil, internet y televisión, declarándolas como servicios públicos.

Por supuesto todavía tenemos la responsabilidad de profundizar el acceso gratuito a la educación. Pero es por ahí. Con políticas estatales que atiendan estas necesidades.

Entonces, contactar a los estudiantes implicaba llegar a ellos sin saber si disponían o no de ese material, pero asumiendo ese desafío. Y ese es otro problema que viene de la mano, porque hay que preguntarse por ello. La necesidad material nos obligó a recordar que puede que esas condiciones no estén. Lo mismo aplicado a los docentes, yo contaba con los elementos y la formación como para utilizarlos, pero no todos los tenemos; ni los instrumentos, ni la formación.

De los 44 inscriptos que tenía en la comisión, cuatro no tenían internet en sus casas, ni computadora, por lo que recurrían a los datos del celular y las aplicaciones que entraran en esos celulares. Porque si de algo renegamos todos es que la constante actualización no solo ocupa espacio y reduce la cantidad de elementos que puedas usar, sino que condiciona a tener que comprarse un nuevo celular para poder seguir conectados.

Asumir el compromiso político, ideológico de construir clases a las que puedan acceder todos también fue central. Es central.

En el camino lo resolví como pude y como se me ocurría. Con algunos pautamos fechas de entregas de trabajos más extensas, con otros mandaba las clases por audios de *WhatsApp*, otros solo por *e-mail*. Todo pensado desde las necesidades y los acuerdos con ellos.

Una vez que estuve al tanto de la situación de cada uno de ellos y realicé esos acuerdos en cuanto a la modalidad de cursada, me encontré con las clases

y con el dilema de cómo contar, cómo explicar, cómo motivar, cómo enseñar y compartir.

Un poco por no saber qué cara poner durante los videos y por miedo a que me dejen pausado en una imagen que no me favorezca decidí publicar junto al texto armado por la cátedra un audio, explicando todo aquello que yo quería o sentía.

Anoté en mi libreta el recorrido, los ejes principales, algunos datos que no quería olvidar. Hasta armé una introducción. La producción fue increíble, pero cuando me dispuse a grabar me olvidé de todo eso que había planificado y arranqué a hablar como si estuviese charlando con ellos.

Admito que me dejaba llevar y hablaba de un montón de cosas que iba relacionando en el momento, pero si la información concreta estaba en el documento que compartíamos porque no intentar contar aquello que yo disfrutaba de ese texto que teníamos que leer o la vida de esa autora, o el hecho histórico al que nos estábamos refiriendo.

Me dejé llevar y el audio que estaba planificado para ser de siete minutos terminó siendo de veinte.

Para mi sorpresa, ese audio les encantó o al menos era lo que me decían en los comentarios debajo de él. Pero también, como nos lo permiten las distintas plataformas me lo confirmaban las estadísticas de esos audios. No solo tenían las 44 reproducciones de mis estudiantes, sino que al otro día ese audio tenía cien reproducciones.

No solo era una caricia a mi ego, sino que me estaba encontrando con una situación que yo no podía concebir sin la presencialidad. Y es que por momentos me olvido de que no es el aula, ni la escuela, ni los profesores, ni las tareas, sino que se trata de la situación educativa y que eso ocurre en todos los espacios, solo que estamos acostumbrados a reducir eso solo al aula.

Con el correr de los encuentros (virtuales), empecé a preguntar más cosas. Qué temas les interesaban, cuáles eran los textos que más les habían gustado. A ello le sumaba las estadísticas a las que podía acceder, como por ejemplo cuál de todas las clases era la que más se había escuchado, en qué momento lo hacían.

Si bien las reacciones como «me gusta», «me encanta», «no me gusta», «me enoja» pueden ser reacciones que buscan confirmar una lectura por parte ellos, también me interesaba ver cuál era la opción que elegían, porque no era siempre la misma y porque si en el audio yo había hablado de machismo y quienes reaccionaban eran todas mujeres eso me decía algo. La verdad es que usé todas las herramientas que me proporcionaba lo digital para mejorar, sumar o retomar temas.


Me volví un obsesivo de esos audios que armaba para las clases, tanto que comencé a prestarle atención a la calidad del sonido, el tono de voz que usaba, los empecé a planificar y construir desde aquello que me llamaba la atención y suponía que a ellos también. Quise volverlos mucho más atractivos.

Llegué a grabar, la mayoría de los audios, encerrado en el mueble de la ropa, para que el sonido de la calle, de mis vecinos, o la acústica de la habitación afectara lo menos posible el producto final. No agregué edición, ni construí un relato muy estructurado, porque sentía que eso le quitaba emoción, pero sí quise convertir esos audios en un formato tipo podcast. Aunque me costó entender que si ese audio lo escuchaban mientras cocinaban, levaban los interminables platos que se juntan, tomando unos mates, o hacían otra cosa, era una batalla ganada.

Ellos sabían que había un horario para la clase en donde les pasábamos un archivo con el contenido teórico, un audio explicativo y una consigna. Yo sabía que, si entregaban ese trabajo práctico y me hacían una devolución en un comentario, o en una reacción, ellos estaban ahí.

Supongo que las clases virtuales se fueron haciendo cada vez mejor, sobre todo pensando en que esa clase se pueda adaptar a sus tiempos y necesidades. Y eso también me parece importante, porque siempre estamos entre la homogeneización que se pretende desde el colegio y la heterogeneidad de las personas. Que todos aprendan lo mismo o accedan a ese mismo recorrido, pero con sus tiempos y desafíos personales. Asumimos también, que las experiencias y la forma de vincularse con ellas son totalmente individuales, pero tratamos, muchos, de que ese aprendizaje sea siempre colectivo. Me sigo preguntando cómo construir procesos más colectivos, sobre todo ahora en un momento en que eso se va a disputar mucho.

Retomo un pasaje de *Comunicación/Educación: Ámbitos, prácticas y perspectivas* (2002). Allí, Jorge Huergo retoma a Kaplún y sus investigaciones respecto a las tecnologías. Su preocupación se centra en que



[...] la comunicación educativa está instrumentalizada y es cada vez más privatista, no en el sentido de que pase a manos privadas, sino en cuanto que cada vez es más individualizada. Los educandos, individuos aislados, son cada vez más "clientela" –que debe informarse en el ejercicio de una supuesta "autoeducación"–, y la pedagogía, cada vez más pragmática. (2002, p. 46)

Este tipo de educación no solo viene creciendo con el tiempo debido a las necesidades de las personas sino como estrategia de mercado.

Como cátedra y como militantes tenemos una posición muy sólida respecto a la forma de trabajar con los estudiantes, y eso implica conocer tanto sus trayectorias de vidas, como sus trayectorias académicas. Eso es, ver quiénes son y cómo se relacionan con aquello que nosotros pretendemos enseñar.

En una materia que se trata de leer distintos cuentos y novelas, aquellos que llamamos clásicos, y a partir de ellos analizar qué dice ese texto, quién escribió

ese texto y porqué, y reconstruimos a partir de esos autores y esas obras, hechos históricos que nos permitan hacer una reconstrucción de historia mundial. Partimos de *El Conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas, para hablar de la Revolución Francesa. Luego de hacer esas relecturas, trabajamos la escritura en donde a partir de distintas consignas y disparadores les pedimos a nuestros estudiantes que cuenten historias.

Algunos pensarán que entregar un cuento en un archivo de *Word* o en un correo resuelve automáticamente la cuestión de los acentos, la ortografía, la puntuación, la repetición de palabras. Eso no es así. A lo sumo, nos encontramos con textos donde no tenemos que adivinar palabras que no entendemos por cómo están escritas. Pero aún está presente la responsabilidad de enseñar a escribir para mejorar, potenciar y estimular la escritura.

Para eso formamos equipos compuestos por un docente a cargo y ayudantes. La idea es que cada ayudante le corrija siempre a las mismas personas esos trabajos prácticos de cada clase, como para poder conocer y observar el crecimiento, las dificultades, las particularidades tanto de lo que tenga que ver con la materia como de su vida. El ayudante está para conocer y acompañar. Tuve cuatro ayudantes mujeres, y lo destaco porque por elección y militancia de ellas decidimos que, por ejemplo, una de las clases se enfocara en trabajar género; y fueron ellas quienes construyeron ese audio explicativo. Fue por ellas que yo terminé conforme con el proceso de la materia, porque más allá de cómo le fue a cada estudiante, la vinculación, el proceso de aprendizaje, solo el hecho de que todos lleguen a la instancia de parcial y que lo que yo corrigiera sea mínimo, fue por ellas.

Yo estaba al tanto de lo que les pasaba a los estudiantes, la mayoría de las veces, porque ellas, en primer lugar, eran responsables de hacer un seguimiento a un pequeño grupo, lo que les permitía ocuparse verdaderamente sin desbordar de trabajo, en segundo lugar, porque tenían, mediante las

correcciones diarias, un diálogo más fluido, y así podía resolver inmediatamente todo lo que pasara. Desde mandar un *e-mail* tranquilizador, una explicación personalizada de algún tema, a una reorganización de acceso al material, una charla respecto a algo que les estuviera pasando en sus casas o sus vidas.

Referencia

Huergo, J. (2002). *Comunicación/Educación: Ámbitos, prácticas y perspectivas*. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.